
Mills, Wright C., *Los marxistas*. México: Edic. Eras, S. A. 1970 (430 pp.)

El famoso sociólogo norteamericano ya desaparecido, autor de *La élite del poder*, *La imaginación sociológica* (traducciones al español), *Power, Politics and People* y de otras obras conocidas, ofrece en *Los marxistas* una visión de conjunto del desarrollo histórico del marxismo y un análisis crítico del mismo. Se trata de "una cartilla sobre los marxismos", escrita primeramente "para quienes no conocen verdaderamente ni presumen de conocer estas filosofías", pero dirigida también a todos aquellos que no se sienten influidos por el marxismo ni por ninguna otra filosofía política y que han depuesto toda participación en la vida pública.

W. Mills escribe fundamentalmente desde su propio punto de vista, sin recurrir en forma explícita y sistemática a las interpretaciones y las críticas del marxismo que han hecho otros comentaristas, aun cuando ha tenido en cuenta las más importantes de ellas. Escribe como un *filósofo político*, como quien busca orientación política. Distingue tres tipos intelectuales de marxismo: el Marxismo Vulgar (*Vulgar Marxism*), el Marxismo Refinado (*Sophisticated Marxism*) y el Marxismo Creador (*Plain Marxism*). Su punto de vista es el de la tercer categoría, según la cual los marxistas creadores se caracterizan por trabajar dentro de la propia tradición de Marx. Reconocen que Marx y muchos marxistas posteriores constituyen una parte de la tradición clásica del pensamiento sociológico. Atribuyen al modelo y a las maneras de pensar

de Marx una importancia central para su historia intelectual de marxistas creadores y para su comprensión de los mundos sociales del presente. No se han enclaustrado en El Partido, aunque pertenezcan a él, y han subrayado el humanismo del marxismo así como el papel de la superestructura en la historia. Rechazan, además, el dogmatismo en sus interpretaciones y usos del marxismo. "En suma, se han enfrentado a la tensión todavía no resuelta en la obra de Marx y en la propia historia: la tensión del humanismo y el determinismo, de la libertad humana y la necesidad histórica".

El solo título del libro expresa ya concisamente una idea básica del autor: no hay uno sino varios marxismos, existen tantos marxismos como interpretaciones diversas de Marx y de sus obras. "Yo no sé cuál es el verdadero Marx, pero, afortunadamente para nosotros, el problema de El Verdadero Marx, no es un problema dogmático sujeto a decisión política. Podemos usar libremente todo lo que necesitamos de él y podemos rechazar todo lo que no necesitamos". Este eclecticismo define claramente la actitud personal de W. Mills frente al marxismo. Para él, el marxismo de Marx está circunscrito a su tiempo y como tal hay que enjuiciarlo. Además, "el marxismo es una filosofía política y al mismo tiempo es decididamente ciencia social". Como filosofía política el marxismo es una ideología, es una ética, designa agentes de acción y contiene teorías del hombre, la sociedad y la historia. En cuanto ideología, el marxismo, así como el liberalismo, ha sido vulgarizado y trivializado; en cuanto enunciación de ideales am-

bos llevan en sí el humanismo laico de la civilización occidental.

Al autor le interesa vivamente encontrar para sí mismo y para sus lectores una orientación en la crisis actual del pensamiento occidental; pero más que esto, le interesa que se salve el legado político de Occidente, el cual se halla en el fondo de esa crisis. Se puede descubrir aquí una preocupación paralela a la de Max Weber, sólo que de signo distinto o en dirección opuesta. Según Weber, Marx ha puesto en peligro la tradición occidental; para W. Mills, por el contrario, Marx incorpora incluso lo que hay de más valioso en el liberalismo clásico. Weber creyó ser consecuente con su postura liberal rechazando a Marx; nuestro autor, en cambio, postula la necesidad de examinar las ideas de Marx como la manera más directa y genuina de tomar en serio los ideales del propio liberalismo. Para resaltar más la originalidad y los alcances de esta tesis podríamos simplificarla en el planeamiento siguiente: marxismo y liberalismo son los principales herederos de la tradición occidental y ambos han sido desvirtuados; pero el marxismo encierra en sí lo mejor del liberalismo; por consiguiente, hay que depurar y salvaguardar el marxismo si se quiere salvar el legado de Occidente.

El repudio del liberalismo no lleva aparejada en W. Mills una adhesión ciega o acrítica al marxismo. En los capítulos IV, V y VI examina a los autores clásicos: Marx y Engels. El capítulo IV es un inventario de las concepciones y proposiciones más importantes del marxismo clásico, 17 en total. En el capítulo V —Reglas para los críticos— presenta los principios de que se sirve para enjuiciar el marxismo. En el capítulo VI hace la crítica de aquellos 17 puntos a través de los principios referidos. Las reglas se resumen en una admonición a sí mismo derivada de la práctica del propio Marx: "Entiende y usa consecuentemente el principio de la especificidad histórica". Y es a la luz de este principio que las expectativas de Marx aparecen como predicciones fallidas: "Las expectativas políticas,

psicológicas y económicas claramente derivables de su obra parecen cada día más irreales y su modelo en general cada vez más inadecuado".

Pero al rechazar el modelo de Marx el autor no descarta su método de trabajo, y afirma categóricamente que sólo esta actitud científica frente al marxismo puede asegurar la supervivencia de éste: "El marxismo muerto es la concepción de que éste es todo verdadero y de que contiene todo lo que los hombres necesitan saber". Añade que lo importante es reconocer a Marx como punto de partida y reconocer también que el marxismo no termina con él, hechos que plantean el problema de si son adecuadas algunas de las teorías posteriores como orientación política y si son útiles para la indagación social en la actualidad. En el capítulo VII —Las vías al socialismo— el autor examina las más importantes e influyentes de estas teorías: la social demócrata y la bolchevique, el stalinismo, el trotskismo y el marxismo-leninismo.

Considera también el primer y segundo revisionismos, el movimiento de Mao-Tse-Tung y las "revisiones revolucionarias" de Ghana, Indonesia, Guinea y Cuba. El análisis de las formas y circunstancias en que tales movimientos se han emparentado con el marxismo es más bien somero, pero W. Mills remite al lector, en los capítulos siguientes, a los escritos y discursos de sus principales dirigentes. Así, presenta una antología de textos capitales del marxismo posterior a Marx: Lenin y Stalin en "El eje bolchevique"; Stalin y los "Críticos del stalinismo": Rosa Luxemburgo, R. Hilferding, F. Borkenau e Isaac Deutscher. En "El marxismo soviético y el nuevo revisionismo" a N. S. Jruschov, P. Togliatti y Mao-Tse-Tung. Por último, en "El marxismo fuera del bloque", textos de E. Kardelj, G. D. H. Cole y de Ernesto "Che" Guevara.

El caso de Cuba empezaba a cristalizar cuando W. Mills escribió esta obra. Lo mismo se diga de otros países del Tercer Mundo. La última década ha presenciado nuevas tensiones en reajustes en el bloque soviético, la deposición de Jruschov en Rusia, el

recrudescimiento de las relaciones entre China y la URSS, y la aparición de nuevas revoluciones en nombre del marxismo. El autor cierra su libro con tres interrogantes dirigidas a la administración de Jruschov. El lector informado y el investigador cuentan ya con una perspectiva histórica y con una buena dotación de elementos heurísticos, históricos y críticos para darles respuesta y continuar analizando el desarrollo del marxismo, considerado con acierto como el fenómeno de los

pensadores del siglo XIX y de los políticos del siglo XX. Por discutibles que sean algunas de las interpretaciones, por incómoda que les resulte a muchos la tesis central y sus corolarios, el libro de W. Mills tiene el valor incuestionable de resaltar las potencialidades del marxismo y su flexibilidad para aceptar el apellido de los países que pugnan por implantar en ellos una sociedad desarrollada y justa.

José Treviño Botti.